



*EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA INTERNACIONAL
PRESENTA
TRANSCRIPCIÓN DE VIDEOS DEL
PADRE THOMAS KEATING, O.C.S.O.*

Los Dones del Espíritu Santo

Video Parte 1 <https://vimeo.com/428616777>
Video Parte 2 <https://vimeo.com/432545210>
Video Parte 3 <https://vimeo.com/434503535>

Introducción - Video 1

Bien, hoy tenemos una oportunidad de sumergirnos en el misterio del Espíritu Santo. El Espíritu Santo, por supuesto, Por medio de los Frutos y los Dones que Él/Ella nos concede tan abundantemente, es nuestro guía, de modo especial, en la práctica de la Oración Centrante y en las prácticas que la acompañan para llevar sus efectos a la vida cotidiana.

Quizá la comprensión más fascinante a la que esperamos poder llegar hoy es una renovada conciencia de la presencia del Espíritu Santo en nuestro interior, una presencia que es silenciosa la mayor parte del tiempo, pero que, al mismo tiempo, invita a nuestra sensibilidad a las delicadas inspiraciones que se hacen cargo de nuestra vida cada vez más y las transforma de una mera expresión de nuestras diversas batallas con el falso yo, en una expresión o manifestación cada vez más integrada, de la infinita ternura del Padre.

Los Dones son realmente disposiciones habituales. Ustedes los tienen. ¿Por qué no funcionan más prominentemente en la vida diaria? Es porque los Dones del Espíritu están íntimamente conectados con la caridad, con el amor de Dios, con el crecimiento de la caridad en nuestro interior, no solamente a través del amor de Dios, sino también de sus manifestaciones en la forma en que nos relacionamos con las otras personas. Y, a medida que la caridad se fortalece, todos los Dones se van haciendo más y más evidentes.

Los Dones son como los dedos de la mano de un niño. No sirven para gran cosa, excepto quizás para estirarse y tocarse la nariz, cuando el bebé es pequeño. Pero dale un poco de tiempo para que se desarrollen todas las otras facultades, y esos dedos crecen y se vuelven capaces de habilidades increíbles. Piensen solamente en tocar el piano, algo de Rachmaninoff, o hacer cerámicas u otra forma de arte. Estos dedos, que son prácticamente inútiles para un niño pequeño, gradualmente se convierten en instrumentos increíbles de belleza, de bondad, de ternura, de caricia.

Y es lo mismo con los Dones del Espíritu. Han sido infundidos en lo más profundo de nuestro ser, de nuestras almas, en el momento del bautismo, o del deseo de bautismo, supongo, de modo que todo buscador de Dios genuino los posee. Pero, además del bautismo, el propósito mismo del sacramento de la confirmación, que estoy seguro muchos de ustedes han recibido también, la presencia de los Dones es enormemente acentuada, profundizada, arraigada y activada en ese sacramento. Y además, cada vez que recibes la Eucaristía--que es una especie de reafirmación de todo lo contenido en esos dos sacramentos fundamentales del bautismo y la confirmación--cada vez que la Eucaristía entra en nosotros, también lo hace el Espíritu Santo, con todos los Dones del Espíritu, renovándolos, profundizándolos, y otorgándonos el poder de actuar.

Una disposición habitual es una forma de actuar que es permanente, fácil y placentera. Ésa es la naturaleza de cualquier hábito, ya sea bueno o malo. Te gusta hacerlo. Por lo tanto, el hábito de los Dones del Espíritu Santo nos permite comenzar a disfrutar a Dios hasta cierto punto y a deleitarnos en ser como Dios. Porque los Dones son los que transforman y nos hacen como Dios. Y ser como Dios... bueno, ¿qué más quieres? Si deseas algo más, simplemente prueba esto primero y mira si no es delicioso practicar los Frutos maduros de los Dones, que son las Bienaventuranzas, y que significan, literalmente: "¡qué feliz vas a ser!" o, en algunas traducciones: "¡Felicidades!" porque ahora puedes actuar como actúa Dios. ¿Qué mayores felicitaciones podrías tener o merecer?

Relacionemos estos Dones, antes que nada, con nuestra práctica de la Oración Centrante, porque es allí que los Dones contemplativos, que son tres --Ciencia, Entendimiento y Sabiduría--se hacen más aparentes. Veamos a cada uno por un momento bajo esa luz. ¿Qué estás realmente haciendo cuando te sientas en Oración Centrante y te abres, consintiendo a la presencia de Dios y a su acción en tu interior? Lo que estás haciendo es, obviamente, no solamente abrirte a Dios, sino consentir a la actividad de Dios. Y la actividad de Dios es la inspiración o la obra del Espíritu Santo en tu espíritu particular, en tu encarnación particular, o personificación, en este mundo.

Jesús tenía una especie de parábola o ejemplo para referirse a esto, y es esa máxima maravillosa: "¿Quién de ustedes, si sus hijos les piden pan, les darían una piedra?" En la época palestina, el pan se parecía a una piedra plana, más o menos como es hoy el pan de pita. O, de nuevo, dijo. "¿A cuál de sus hijos, si les piden pescado, les darían una serpiente?" ¿Harían eso? Bien, de nuevo, en los alrededores del Mar de Galilea, algunos peces eran como serpientes, como anguilas, de modo que había una base local para esta clase de parábola. La respuesta de Jesús es, "si ustedes, con sus dificultades, saben cómo darles cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre Celestial les dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?"

Bien, hay dos formas de pedir. Una consiste en ponerlo en palabras: "Dame esto." La otra es ser, en tu misma actitud o disposición, una petición viva, un hambre en todo el ser, una especie de pequeño manojito de desesperación, que pide lo que más desesperadamente necesitas o deseas. Ésta es la actitud básica que tenemos en la Oración Centrante. Estás pidiendo el Espíritu Santo al simplemente estar sentado ahí, en la disposición de consentir a la voluntad y la acción de Dios. Ésa es tu oración.

Hay otro lugar interesante en las Escrituras que se relaciona mucho, me parece, con la Oración Centrante. Y es cuando Jesús les dijo a sus discípulos, hacia el final del Sermón de la Montaña. "Si quieres orar, ve a tu habitación privada y rézale a tu Padre en secreto y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará." En esos

días, muy pocas personas tenían ni siquiera un cuarto y mucho menos una habitación privada o un clóset. Las personas ordinarias con las que Él hablaba vivían en lugares de un solo cuarto, en el que vivía toda la familia. Así es que podemos suponer que debemos tomar esto metafóricamente.

¿Y qué es lo que haces cuando entras a tu habitación privada? Entras a lo más profundo de tu corazón y allí oras en secreto, incluso de ti mismo. Como afirman que decía San Antonio el Grande, la única oración perfecta es cuando no sabes que estás orando. Bien, eso es bastante secreto. Y para respaldar lo que he dicho--no les pido que me crean--he aquí una pequeña cita de Abad Isaac, nada menos, citado en la novena conferencia de Juan Casiano, quien visitó los monasterios orientales de Egipto en el siglo 4 y luego transfirió su doctrina al Occidente y, eventualmente, se convirtió en la Regla de San Benito, y la Orden Benedictina, y la Orden Cisterciense, y ahora ustedes: es decir, un grupo mundial de meditadores en el espíritu del Abad Isaac. No sabían eso, ¿verdad?

El Abad Isaac tiene este maravilloso comentario acerca de ese texto, que es realmente muy importante que nos apliquemos a nosotros mismos, a medida que nos movemos más decididamente en la práctica de la Oración Centrante. Él dice que debemos tener especial cuidado de seguir los preceptos del Evangelio que nos instan a ir a nuestra habitación privada (algunas traducciones la llaman "clóset") y cerrar la puerta con llave para poder orarle a nuestro Padre. "Y es así cómo lo hacemos," dice. O sea que la Oración Centrante es... "es así cómo lo hacemos" o seguimos ese precepto evangélico con algunos detalles adicionales. "Oramos en nuestra habitación privada o clóset"--nos dice--cuando retiramos nuestros corazones completamente del tumulto y el ruido de nuestros pensamientos y preocupaciones y cuando, secreta e íntimamente, ofrecemos nuestras oraciones al Señor." Cuando dejamos ir todos nuestros pensamientos en la Oración Centrante, entramos en una especie de clóset, bajamos la cortina, por decirlo así, sobre nuestra actividad mental ordinaria, como nuestra imaginación, nuestra memoria, nuestro pensar, nuestra percepción de detalles sensoriales, nuestra sensación de las personas en el cuarto, nuestro sentido de las cosas físicas que ocurren en nuestro interior. A toda esta utilería habitual de nuestra conciencia psicológica simplemente le cerramos las persianas, bajamos las ventanas, o, como en esta analogía, pasamos el cerrojo, cerramos la puerta. De hecho, Jesús dijo, según algunos traductores: "coloca una tranca en la puerta," para hacer énfasis en cuán completamente debemos dejar ir todo ese nivel ordinario de conciencia psicológica, para abrirnos al nivel espiritual de nuestro ser, al verdadero yo, a la Presencia Divina que habita en la raíz de nuestro ser y de la cual emerge cada nivel de nuestro ser: cuerpo, alma y mente.

O sea, que nos movemos a nuestro ser más íntimo y lo hacemos desprendiéndonos de todo pensamiento. Entonces --dice-- oramos con la puerta

cerrada o trancada, cuando, sin abrir la boca --también acallamos nuestro diálogo interior, que es una especie de boca interior que siempre está chachareando—"y, en perfecto silencio, le ofrecemos nuestras peticiones al que no presta atención a las palabras, sino que mira intensamente a nuestro corazón." ¡una expresión magnífica! Dios no mira nuestras palabras para nada, según Abad Isaac, sino que mira nuestro corazón. ¿Qué quiere decir eso? Nuestra intención, mucho más que nuestra atención. Lo que Dios está mirando es nuestra intención y ésa es consentir a Su presencia y su acción en nuestro interior.

O sea, que hay un dejar ir de los pensamientos, y hay un acoger de nuestra intención para ofrecérsela silenciosamente a Dios. ¿Y cuál es nuestra petición fundamental? Como ya dije: "Aquí estoy, querido Señor, en necesidad desesperada de tu Espíritu Santo. Dame tu Espíritu Santo, según tu promesa. Yo no sé cómo pedir adecuadamente, de modo que solamente me siento aquí y permito que Tú ores en mí, pidiéndote lo que Tú más deseas otorgar, que es tu propio Espíritu Santo, con los Dones, a través de los cuales el Espíritu Santo se hace cargo más y más de nuestra vida."

Y, finalmente, el Abad Isaac dice: "Oramos en secreto cuando en nuestros corazones solamente"--no en nuestra imaginación, memoria, planes, sensaciones--"y en nuestro espíritu recogido..."con nuestra intencionalidad dirigida ahora a la presencia de Dios y nuestra apertura, como pajaritos recién nacidos que se abren al gusano que la madre les trae. ¿Han visto alguna vez a un pájaro recién nacido? Prácticamente la mitad de todo su cuerpo es boca y está totalmente abierta. Ésa es la actitud que traemos a la Oración Centrante. Una enorme apertura a recibir el Espíritu totalmente. "Es en esa actitud que nos dirigimos a Dios --dice--y le revelamos nuestro deseo solamente al Él y de forma tal, que los poderes hostiles mismos no tengan noción de su naturaleza."

Ésa era una idea que tenían los primeros padres monásticos: que si tenías un pensamiento o una imagen, los demonios podían saber lo que estabas pensando o cuál era tu pensamiento, y podían insinuarte, a veces, alguna clase de tentación para desviarte de la pureza de tu intención. Bien, si quieren aceptar eso como una idea definitiva--pienso que algunas cosas pueden recomendarla--pero también podemos traducirlo en términos de lo que hemos llamado la descarga del inconsciente. Ellos no tenían ese término en esa época, de modo que puede referirse a los pensamientos que surgen de nuestro inconsciente como resultado del descanso profundo de la Oración Centrante y que, a veces, dan la impresión de ser tentaciones, debido a su carácter primitivo. A veces provienen de recuerdos de la primera infancia que hemos olvidado. Sin los recuerdos, solamente surge la emoción primitiva, y se siente como si estuviésemos siendo tentados. Realmente, simplemente estamos siendo invitados por el Espíritu a aceptar ese sentimiento y a dejarlo ir, como forma de tratar con algo que había

estado atorado, o reprimido, en nuestro inconsciente y que, al hacerse consciente, la energía se libera. Entonces podemos abrirnos más profundamente, más completamente, puesto que el fluir libre de la gracia y de las energías naturales se hace ahora más posible.

Espero que recuerden esa enseñanza en la que sugerí, en otros sitios, que hasta que el almacén del cuerpo no sea evacuado gradualmente de material reprimido --desechos emocionales no digeridos de la primera infancia, podríamos decir-- más tarde en la vida nuestra capacidad de responder al Espíritu se ve algo limitada. Pero cuando eso es evacuado mediante el proceso de la oración, entonces nuestros cuerpos mismos se vuelven más cooperativos en el proceso de transformación y apoyan el movimiento del Espíritu y de los Dones en nuestro interior.

Los Dones Contemplativos y las Cinco Pistas - Video 2

Relacionemos la experiencia de la Oración Centrante con ese trasfondo, con los dones contemplativos específicos del Espíritu Santo: Ciencia, Entendimiento y Sabiduría. Los que realizan esta práctica regularmente, van a notar algunas veces que tienen dos pistas andando al mismo tiempo en su mente. Está la corriente ordinaria de los pensamientos psicológicos que va fluyendo por la superficie de la consciencia, algo menor que el flujo habitual de la vida diaria, pero todavía presente cuando tratamos de hacer silencio

En otras palabras, el silencio, el silencio interior, es siempre relativo, al menos en los comienzos. Y entonces, como estamos conscientes de los pensamientos que pasan, se nos indica que introduzcamos la palabra sagrada como una expresión del consentimiento a Dios que hicimos al principio. De modo que cuando los pensamientos comienzan a ser estimulantes o atractivos --por estimulantes quiero decir que suscitan algunos deseos o algunas aversiones en el inconsciente o en nuestra forma habitual de reaccionar a la realidad. De modo que si te interesas mucho en las tres necesidades instintivas básicas de la naturaleza humana, es decir, seguridad, poder y control, afecto, estima... cuando algún pensamiento surge que atrae a una de esas necesidades o impulsos instintivos (porque se convierten en impulsos si han sido retenidos en la infancia temprana. Algunos se reprimen en el inconsciente, algunos se han desarrollado en medios compensatorios de supervivencia que son muy astutos, incluso desastrosos).

Es decir, si estamos muy interesados en símbolos de seguridad y nos llega un buen... ¿qué diremos? un carro nuevo bonito, o una casa nueva, o una nueva póliza de seguro...o algo, hay un cierto interés en observar esto. O, usando la imagen que a veces yo empleo, nos subimos a ese bote, símbolo de un pensamiento que pasa, para ver qué hay a bordo; en otras palabras, queremos examinar el contenido de ese pensamiento y si consentimos a hacerlo, esto,

obviamente nos saca de la intención original de consentir a Dios y nos vamos saliendo del clóset, nos vamos saliendo de la habitación interior demasiado pronto...antes de que termine el tiempo de nuestra oración.

Entonces, tienes que darte la vuelta, volver a entrar y comenzar el proceso de nuevo. Cierras la puerta y le echas llave y ahora estás de regreso en tu silencio y quietud. Después de un tiempo te cansas de hacer esto y es por eso que algunas veces puedes estar un poco aburrido durante la Oración Centrante, porque no estás disfrutando los pensamientos y realmente no estás disfrutando el silencio. Así es que más o menos tienes lo peor de ambos mundos y, por lo tanto, necesitamos ser firmes, pero delicados, en regresar a la palabra sagrada o al símbolo sagrado... cada vez que te des cuenta de que te estás subiendo a uno de los botes, y especialmente cuando descubras que ya estás en uno de ellos y vas corriente abajo... y...¿dónde estamos aquí? oh, sí... has sido llevado al río Newark (¿existe ese río?) y ya has llegado a la bahía de Nueva York. Bien, es hora de regresar, pero nunca...nunca con ninguna forma de recriminación, ni siquiera de sorpresa. Simplemente, sin pensar en lo que has estado haciendo, inmediatamente regresas a la habitación interior por el simple movimiento que simboliza tu intención de estar en la presencia de Dios una vez más y de estar totalmente abierto a su voluntad.

O sea, que se necesita una actitud amistosa para tolerar ese constante requerimiento de los botes que pasan por nuestra imaginación, que son pensamientos de varias clases; o sea que no nos descorazonamos en lo más mínimo, sino que comprendemos que hemos pasado toda una vida con esos hábitos de pensar y que nos va a tomar unos días, quizá unas semanas, acostumbrarnos a esta forma nueva de dirigirnos a Dios, no por medio de las facultades en la cabeza, sino, como dice el Abad Isaac, ofreciéndole nuestro corazón, símbolo, en la literatura hebrea, de nuestro ser más íntimo.

O sea, que estamos conscientes de los pensamientos que pasan a este nivel así como del nivel del cuarto privado, que es un lugar más tranquilo, un nivel más profundo, el nivel de nuestra consciencia espiritual, el nivel de atención receptiva espiritual, el nivel de nuestra voluntad hacia Dios, y de nuestra facultad intuitiva del intelecto. O sea que, a un nivel, estamos conscientes de pensamientos, y a otro estamos conscientes de estar manteniendo nuestra actitud de atención receptiva al Espíritu, regresando suavemente a la palabra sagrada a medida que pasan los pensamientos.

Podría decir aquí que, para la mayor parte de las personas, es necesario regresar a la palabra sagrada o a otro símbolo sagrado como la respiración, que algunas personas encuentran beneficioso, o a una analogía de ver o volverse hacia Dios interiormente, sin ver nada con los ojos, ni con la imaginación, sino solamente un movimiento espiritual de abrirte a la presencia de Dios, como si estuvieses

mirando a alguien a quien amas mucho. Cualquiera de esos tres símbolos de nuestra intención es muy valorado en la tradición cristiana. Nosotros usualmente enseñamos el uso de la palabra sagrada porque, para la mayoría, concuerda con nuestra experiencia de escuchar la Palabra en la liturgia y en la Lectio Divina. Por eso muchos se sienten cómodos con eso, pero los otros símbolos son más que aceptables y algunos son mejores para ciertas personas.

En todo caso, cuando regresamos a la palabra sagrada, una y otra vez, estamos conscientes de que estamos afirmando un nivel diferente de nuestra consciencia. Estamos cultivando el nivel espiritual de consciencia y cada vez que salimos de un bote para entrar a ese lugar estamos renovando el amor de Dios y, por lo tanto, no podemos juzgar la oración por el número de pensamientos que tengamos, aunque estemos siendo bombardeados, sino cuántas veces regresamos a la palabra sagrada y, si hicimos eso, nuestra oración es muy agradable a Dios, puesto que hemos hecho cientos de actos de amor y, a medida que se hacen actos de amor, como la fe y la esperanza teológica, los Dones crecen en proporción directa a la profundidad, al aumento de la fe, la esperanza y el amor.

O sea, que no nos puede ir mal con esta práctica, excepto de dos formas: una es involucrarnos deliberadamente en algún bote interesante que pase, y la otra es levantarnos e irnos...Este último parece ser el proceso favorito de algunas personas, de modo que nunca se arraigan realmente en la práctica. Cuando estás arraigado en la práctica, no puedes no hacerla, y ésta es precisamente una de las señales del Don de Ciencia actuando en nosotros. Cuando ya no tienes que hallar el tiempo para hacer la Oración. La Oración te encuentra a ti, por decirlo así, de modo que practicar la Oración dos veces al día se convierte en una segunda naturaleza. No se te ocurriría no hacerla. Ésa es la señal del Don de Ciencia obrando en ti, la obra directa del Espíritu. Para llegar a ese sitio, necesitas bastante determinación y creatividad, para que comience a desarrollarse ese hábito.

Una señal aún más inequívoca de la obra del Espíritu Santo surge cuando, durante la oración, con el fluir de los pensamientos, con tu regreso a la palabra sagrada, surge una tercera pista. Y ésta es una pista que se distingue por el sentimiento de no desear ningún pensamiento y de estar consciente de que no deseas ninguno. En otras palabras, hay un desapego interior a seguir ninguno de los botes que van pasando por el nivel superficial del pensamiento, y ahora realmente no necesitas el símbolo sagrado para reafirmar tu intención, ya que secretamente, como diría el Abad Isaac, estás establecido en tu petición del Espíritu Santo y sólo deseas a Dios y nada más, y estás delicadamente consciente de este hecho mediante una falta de inclinación por cualquier clase de pensamiento que surja.

Observen que digo "falta de inclinación", no "resistencia" a ningún pensamiento. No es rechazar ningún pensamiento, lo que sería una elección o una acción, sino simplemente una libertad de ignorarlos a todos, de no prestarles atención. Esto, de nuevo, es el fruto del Don de Ciencia, la infusión directa del Espíritu Santo, que fortalece nuestra debilidad de modo que el verdadero valor de estar con Dios durante este período particular de oración es tan precioso, que no tenemos la inclinación de seguir un pensamiento, o si la hay rápidamente la soltamos.

De todas formas, la debilidad humana siempre nos acompaña, así es que no quiero proclamar ningún absoluto sobre esto, pero se debe al hecho de que el Espíritu, por medio de la acción divina y del Don de Ciencia, está suavemente atrayendo nuestra voluntad, nuestra voluntad espiritual, de modo que , sin saberlo, porque la mayoría de las personas no experimentan lo que su voluntad está realmente haciendo sino que...son solamente las expresiones más externas y burdas de nuestra voluntad las que reconocemos, pero aquí estamos hablando de la voluntad al nivel intuitivo, no al nivel del entendimiento, razonamiento o conciencia, que son las acciones de la voluntad que provienen de la razón. Ahora estamos hablando de la sutil acción interior de la voluntad que proviene del nivel espiritual de la voluntad y su inspiración intuitiva del intelecto intuitivo.

Así es que, hay pensamientos ordinarios, está nuestra consciencia de regresar a la palabra sagrada y de cultivar el nivel espiritual de nuestro ser, y también la consciencia de que Dios ha captado nuestra voluntad de forma tal, que no queremos hacer ninguna otra cosa, que no sea permanecer en su presencia, y que se manifiesta en una facilidad para dejar ir cualquier pensamiento que pase.

Bien, existe una cuarta pista que quizá ustedes hayan experimentado y que ocurre cuando perdemos el esfuerzo consciente de permanecer en la presencia de Dios y no hay ninguna auto-reflexión. En los otros niveles, es posible que ocasionalmente tengamos un pequeño pensamiento como "la oración está yendo bien hoy" o "tengo mucha paz." Estos son pensamientos y, por lo tanto, impiden la unión total con Dios. En unión total por unos pocos momentos, quizás algo más prolongado, no más de media hora o, quizá si oras por más de media hora, entras y sales de cierto grado de ese estado por una o dos horas. Pero, a este nivel, el Espíritu capta nuestra voluntad e imaginación, la fuente de nuestros pensamientos, y los suspende temporalmente, para que podamos ser colmados, sin obstrucciones ni impedimentos de la naturaleza humana y el falso yo, con la Presencia Divina. Y esto es como un beso. Ha sido comparado por los místicos a eso, en el que estamos totalmente absortos en el deleite de la Presencia de Dios, de modo que no hay reflexión acerca de nosotros mismos en lo absoluto.

Y, cuando regresamos de ese lugar, experimentamos una especie de vacío. Cuando estamos presentes en él, no hay forma de reflexionar, así es que, en cierto sentido, sólo puede disfrutarse cuando termina, cuando puedes reflexionar en

que terminó. Pero el practicante... sabio de Oración Centrante no va a dedicarse a simplemente recordar esta experiencia, sino que le dará la bienvenida con gratitud y seguirá su camino antes de que el bote comience a dar tumbos por el río acerca de lo maravilloso que eres, lo mucho que estás avanzando en la vida espiritual, o simplemente lo que ocurrió.

Generalmente, esta experiencia produce tanta humildad, en el mejor sentido de la palabra...No es humillante. La humillación siempre se siente como dolorosa y avergonzante, puesto que lo que se humilla es el orgullo, pero en esta oración no hay lugar para el orgullo, porque vemos intuitivamente que, en definitiva, sólo Dios cuenta, no hay nada de qué enorgullecernos. Por lo tanto, conduce a la humildad en el sentido de que nos inicia en la realidad de quién es Dios. Simplemente maravilloso, simplemente magnífico, simplemente inmenso, simplemente tierno, simplemente amor incondicional absoluto.

[Los Dones Contemplativos]

Les hablo ahora del Don de Sabiduría... perdón, del Don de Ciencia, y éste tiene una relación muy importante con la Oración Centrante porque uno de los propósitos de la Oración Centrante es prepararnos para entrar en la noche de los sentidos tan pronto como sea posible. Algunos preferirían tomarse un poco más de tiempo. Pero el Don de Ciencia es una intuición --no proviene de la razón-- del hecho de que sólo Dios puede satisfacer nuestros anhelos más profundos de felicidad, de bondad, belleza y verdad, para ponerlo en otros términos.

Lo que hace el Don de Ciencia es relativizar la energía que ponemos en los programas instintivos para la felicidad, los que hemos llamado programas emocionales para lograr la felicidad, que se construyen alrededor de las necesidades instintivas de seguridad y supervivencia, poder y control; y afecto, estima y placer, que son esenciales para nuestro crecimiento en la niñez como seres humanos y que nos ayudan a superar ese período difícil de la vida, pero que se exageran cuando el niño siente --quizás no sea necesariamente cierto-- que estos aspectos importantes de la vida humana le fueron negados y que, por lo tanto, ellos tuvieron que ir a buscarlos por sí mismos cuando crecieron. De modo que el proceso compensatorio se afianza más y más y se dedica más y más energía a encontrar, en la cultura o en el medio en que nos encontremos, los símbolos capaces de satisfacer, nunca totalmente, pero que parecen satisfacer, nuestro deseo innato de tener una cantidad ilimitada de placer, afecto, estima, poder, control o seguridad.

Obviamente, como ésa es la naturaleza del falso yo y todos tenemos uno, en realidad estás compitiendo con todos los otros en la Tierra que están tratando de hacer la misma cosa desafortunada y estúpida. Por lo tanto, es imposible que funcione y, cuando no funciona, nos sentimos frustrados, se disparan las

emociones aflitivas de tristeza, ira, descorazonamiento y el resto, y la vida se vuelve un ciclo de deseo, frustración, aflicción, miseria, desaliento, intentar de nuevo el mismo ciclo... el mismo reciclaje hasta que... para algunas personas esto se vuelve tan deprimente que optan por el suicidio o alguna otra forma de terminar la vida, como, por ejemplo, un aislamiento total y apatía, o... Otro método puede ser una agresión total que trata de dominar a todo el mundo y esto causa enorme daño a la humanidad.

De modo que ¿qué favor mayor podrías obtener que tener el Espíritu de Dios, que el Espíritu nos otorga en respuesta a una práctica establecida de Oración Centrante? ¿Qué regalo mayor puedes obtener que relativizar la energía que se desplaza a la frustración diaria de nuestras vidas? Lo que el Espíritu nos dice es: "Nunca vas a encontrar la felicidad en ninguna de esas necesidades instintivas. Son únicamente criaturas. Las criaturas han sido hechas para ser peldaños que conducen a Dios, no sustitutos de Dios." Y el Espíritu entonces nos presenta el verdadero objeto de la felicidad, la verdadera fuente de felicidad, que se experimenta como íntima y presente.

Entonces, extrañamente, en vez de regocijarnos con ese regalo tan grande, la mayor parte de nosotros entramos en un período de duelo, pero eso es natural, puesto que siempre que un ser humano pierde algo que se ha querido mucho, o en el cual ha invertido mucho esfuerzo, siempre se entristece, ésa es la naturaleza. La presencia de algo que se considere malo siempre causa dolor y cuando te ves frustrado en un centro de energía que piensa que la seguridad es lo más grande de la vida y no se obtiene en algún área en particular, entramos en duelo.

Bien, aquí el duelo es diferente. Es constructivo, es fructífero, porque después que te acostumbras a que Dios es la única fuente de felicidad, no tienes más energía para estos programas frustrantes y comienzas a experimentar paz y los frutos del Espíritu: caridad, alegría, paz y el resto son los primeros que comienzan a surgir.

Los frutos maduros del Espíritu son las Bienaventuranzas, que son disposiciones aún mayores. Disposiciones de libertad total para poder hacer lo que es voluntad de Dios y no estar impedido por el residuo o el bagaje que hemos traído con nosotros desde nuestra primera infancia y que aún, más o menos, nos domina. El Espíritu también pone fin a nuestros prejuicios y predisposiciones que provienen del período entre los 4 y 8 años cuando absorbimos sin cuestionar los valores de nuestra cultura, padres, grupo étnico, religión... Ahora bien, hay un valor en todas esas cosas, pero es la exageración de esos valores la que desvía la energía de la búsqueda de Dios y la conduce a diversas formas de callejones sin salida, de una forma u otra.

En la Oración Centrante también contamos con el Don de Entendimiento, que es una penetración de las verdades de fe en cierta medida. Puede llegarnos durante la oración, pero más frecuentemente fuera del período de oración. Y estos no son pensamientos ordinarios como los botes, sino más bien impresiones o descubrimientos que surgen espontáneamente y, aunque no es el momento de pensar sobre ellos, el efecto de esas luces o iluminaciones permanecen con nosotros después del período de oración y entonces ciertamente puedes deleitarte y disfrutar la sabiduría o la penetración en la fe que éstos han traído.

Usualmente, el Don de Entendimiento ilumina las verdades de fe, como las que escuchamos en el Credo de los Apóstoles y otros Credos más extensos. Súbitamente puedes darte cuenta, por medio de una serie de experiencias, de lo que significa realmente la Comunión de los Santos, o una penetración más profunda en lo que quiere decir que la Palabra de Dios se hizo carne. Ésas son simples palabras, pero contenida en esas palabras hay una profundidad de realidad que es simplemente inconmensurable. Las verdades de fe son como la superficie del océano. Apuntan a la profundidad, nos invitan a abrirnos a la profundidad, pero no te muestran lo que está debajo de la superficie a menos que venga el Espíritu y nos muestre su significado. O sea, son realmente indicadores y es el Espíritu, el don de Entendimiento, quien da cuerpo o revela, si ésta es la naturaleza de la intuición, lo que está oculto, o contenido, o sugerido, o apuntado en las principales verdades de nuestra fe cristiana.

Veamos ahora los efectos de la Oración Centrante. Obviamente, esos efectos van a ser diferentes dependiendo de la pista que hayas experimentado en la Oración Centrante y cuán a menudo ha sido. Sólo una palabra final acerca de eso. Para iniciar esta travesía es importante, para aquellos de ustedes que sean presentadores o facilitadores, u ofrezcan otra forma de liderazgo, que es necesario animar a las personas al comienzo para que regresen a la palabra sagrada casi continuamente, una y otra y otra vez, pero suavemente. Siempre abiertos al hecho de que puede haber unos pocos momentos en los que somos atraídos a un silencio interior al que seguimos.

Pero como nuestra imaginación ha estado tan habituada a estar pensando sin cesar, toma un tiempo reajustar el organismo humano a una forma de pensar, que no es acerca de las cosas, sino que simplemente está consciente de las cosas. En este contexto, podríamos decir que hay una quinta pista en la Oración Centrante, más allá del nivel de las experiencias ocasionales de unión, en las que habitualmente simplemente estamos conscientes de la presencia de Dios, no como una forma de juicio, no como una forma de relación, en el sentido de una conversación, ni siquiera comunión, sino como una presencia permanente en todo lo que hacemos y que abraza, sin ningún juicio, a toda la realidad, que nos incluye a nosotros y a nuestros pensamientos durante la Oración, de modo que

sólo existe la consciencia de Dios, pero no explicada, simplemente experimentada.

Bien, esa consciencia, como es tan sutil y tan presente, puede acompañarnos en la vida diaria cuando se desarrolla plenamente. Hasta que eso ocurre en la vida diaria, necesitamos prácticas que nos recuerden constantemente la presencia de Dios, por medio de una jaculatoria o frase de oración activa, si eso te atrae, o, si haces la Lectio Divina regularmente por las mañanas, tomando una palabra o frase y llevándola a tu vida diaria, y, cuando tengas un momento libre, escuchándola otra vez, no pensando acerca de ella, por favor, sino escuchándola, para que el Espíritu pueda darnos un empujoncito, por decirlo así, hacia un nuevo nivel de escucha más allá del que hemos disfrutado hasta ahora.

La Palabra de Dios en la Escritura no es algo simplemente para ser oído externamente, es algo para ser escuchado internamente y, cuando eso ocurre, despierta a la Inhabitación Divina en nuestro interior para que nos convirtamos en la Palabra de Dios, por decirlo así. Porque la Palabra de Dios en nuestro interior, por medio de los Dones del Espíritu, está expresando la vida divina, la resurrección de Cristo en nosotros, hablando prácticamente en los detalles de la vida diaria.

Ése es el fruto del Don de Sabiduría. Cuando nuestra oración se hace espiritualmente apetitosa, no en el sentido de comidas que no alimentan, algo que a veces ocurre con las consolaciones sensoriales cuando has estado haciendo meditación discursiva o reflexionando, o en la liturgia... eso es útil, pero la chatarra no es tan nutritiva como el alimento sólido, el maná del desierto, el puro pan de Dios, que es realmente el pan de la Eucaristía. Se supone que la Eucaristía nos conduzca a esa consciencia del verdadero pan venido del cielo, que es la oración contemplativa en su sentido más puro, el Don de Sabiduría, los Dones que Jesús mismo experimentó y que, como saben, derramó sobre sus discípulos en Pentecostés y se convirtió en parte íntima de sus vidas.

Y es esta sabiduría, libremente comunicada en la oración contemplativa, la que es fuente del verdadero ministerio. Podemos hacer lo mejor que podamos, ayudar a otras personas de formas diversas, pero el Don de Sabiduría consiste en ayudar a la gente de la forma en que Dios lo hace, o ser un instrumento por medio del cual Dios directamente habla en los corazones de las personas, siempre con vista a iniciarlos en este proceso de la oración contemplativa, que los abre también completamente a la presencia de Dios y a la acción de Dios en nuestro interior.

Los tres Dones contemplativos del Espíritu, por lo tanto, están activos en nuestro interior desde el momento en que comenzamos seriamente a hacer una práctica regular de Oración Centrante.

Los Dones Activos y Homilía - Video 3

Los Dones Activos

Miremos por un momento a solamente uno de los dones activos. Son cuatro-- el Don de Reverencia, que nos sugiere dos cosas, la primera es que nuestra vida es inmanejable, que nunca avanzaremos en la travesía espiritual sin la gracia de Dios. Es más, que nos haríamos pedazos sin ella. No podríamos sobrevivir sin ella. Eso crea un gran sentido de dependencia en la misericordia divina.

Y ése es el segundo aspecto que infunde el Don de Reverencia: Al mismo tiempo que estamos conscientes de nuestra debilidad, también nos hace conscientes del amor incondicional de Dios por nosotros tal y como somos. Y cuando lo descubrimos, cuando este sentido de consciencia se profundiza en esa quinta pista de la Oración Centrante, nos percatamos de que Dios no nos juzga. ¿Sabes quién te juzga? Tú mismo. Y por eso es tan doloroso, y es eso lo que nos juzgará al momento de la muerte, a menos que procedamos a dismantelar nuestras actitudes de juicio mientras aún estemos disfrutando esta vida feliz. Es el yo quien tiene una idea de sí mismo procedente del orgullo, que cuando la violamos estallan los sentimientos de culpa y de auto-recriminación, ninguno de los cuales son actitudes o emociones constructivas. No es Dios quien dice que no sirves para nada. ¡Tú eres quien lo dice!

El Don de Consejo, pues, eleva nuestra virtud ordinaria de prudencia a una especie de sentido común santificado, y el Don de Consejo no solamente sugiere lo que hay que hacer a largo plazo, sino lo que se debe hacer ahora, en los detalles de nuestra vida. Por lo tanto, al dirigirnos al Espíritu como una realidad en nuestro interior, comenzamos a ver lo que debemos comer, cuánto debemos comer, cuándo debemos acostarnos, cuándo debemos levantarnos, cómo actuar ante esta situación y aquella, si así lo deseas, si tienes esa sensibilidad y, mientras más abiertos estamos al Espíritu, más el Espíritu se hace cargo de nuestra vida, a tal punto, que Él vivirá tu vida por ti. Cometerás muchos errores, no hay problema, pero seguirás regresando a la comprensión de que Dios sabe cómo debemos vivir la vida. Solamente Dios conoce el camino completo. Sólo sus planes para nosotros son los que van a ocurrir, no los nuestros. Por lo tanto, desarrollar esta dependencia--es una tremenda virtud.

Los Dones del Espíritu están más cerca de nosotros que la orden hablada. Eso es lo que necesitamos descubrir, que Dios está tan íntimamente presente en nosotros, tan disponible siempre, una especie de constante consciencia, si es que estás abierto a ello, que abraza todo en nuestra vida y toda la realidad al mismo tiempo, y que, al estar en esa presencia, tus actitudes de juicio, o estrechas, o

dedicadas a cosas equivocadas, simplemente, de forma normal, casual, espontánea, comienzan a retroceder. De modo que estar en la presencia de Dios tanto como puedas, todo el día, es el gran secreto, podríamos decir, del crecimiento en la oración contemplativa, que es transformación. Recuerden que el crecimiento en la oración contemplativa es una total apertura a los siete Dones del Espíritu.

Fortaleza es uno de los dones que necesitamos también en la vida diaria. Ahora bien, la virtud de la fortaleza nos ayuda a ir en pos del bien difícil en la travesía espiritual. Seamos realistas, es un bien difícil para la mayor parte de las personas. El Don de Fortaleza avanza las cosas mucho más, nos da energía para vencer cualquier obstáculo en el camino del crecimiento espiritual, de modo que es un refuerzo enorme, por así decirlo, de la virtud natural de fortaleza y se expresa de dos formas: una es sostener a ciertas personas en grandes actividades o grandes ministerios que captan la atención del mundo, la otra es en la fidelidad a los pequeños deberes de la vida diaria en los que perseveramos día tras día por amor a Dios, en los detalles de nuestra vocación particular, bien sea ser ama de casa, abuela, vida profesional, alguna clase de ministerio, o recolector de basura. Hay una forma divina de hacerlo todo y es el Espíritu quien nos muestra cómo hacer eso, y nos muestra cómo hacerlo en la medida que permanecemos en Su presencia.

Es por eso que algún método de permanecer en la presencia de Dios es tan valioso si seriamente estás siguiendo la travesía espiritual como un todo integrado. Y los cuatro Dones del Espíritu para la vida activa están con nosotros precisamente para desarrollar eso. La Piedad es el don que nos brinda, espontáneamente, una actitud de niñez ante Dios, así como un sentido de que todos somos hermanos y hermanas. Un ejemplo extraordinario de este Don, que quizás encuentren útil, es lo que sabemos de los siete mártires trapenses de Argelia, que fueron decapitados por extremistas musulmanes por razones aparentemente políticas. Ellos vivían en un monasterio trapense rodeados de campesinos musulmanes extremadamente pobres y los servían con una clínica--tenían un médico en la comunidad--con hospitalidad, e incluso estudiaban juntos el Corán, no con el ánimo de convertirlos, sino con el propósito de establecer comunión con ellos.

Mientras tanto, a algunos de sus amigos y a otros misioneros los habían matado. Como saben, Argelia tiene una crónica muy trágica de matar tanto a civiles como a ministros religiosos. Pero ellos corrían riesgo, porque el Corán dice que se debe siempre respetar a los hombres y las mujeres consagrados que viven aparte de la comunidad; pero si forman parte integral de la vida de la comunidad, esa protección se retira. O sea, que ellos podrían haber vivido con seguridad en el interior de su claustro, pero se sentían llamados a extender la mano en diálogo y

caridad a sus hermanas y hermanos que vivían en la pobreza, y a ayudarlos lo más que pudieran.

Dos años antes de su muerte, algunos guerrilleros los invadieron y les ordenaron que se fueran y ellos simplemente se negaron a hacerlo y, a través de discusiones comunitarias y su propia conciencia, así como su sentido de vocación de estabilidad monástica a una localidad, ellos decidieron permanecer, sabiendo que posiblemente los matarían. Pero es aquí como se manifiesta en ellos el Don de Piedad. Ellos veían a estos musulmanes como hermanos y hermanas, no como enemigos o amigos. No los veían como personas que debían ser convertidas al cristianismo, por el contrario, se veían a sí mismos creando comunión entre todos los que vivían en ese lugar y manifestándolo con un compartir su conocimiento de la agricultura y compartiendo un amor fraternal.

Por lo tanto, ellos más o menos han sido pioneros en lo que pudiéramos llamar un diálogo hasta la muerte, porque, al permanecer allí, su relación de diálogo con sus vecinos casi significaba una muerte segura. Ellos estaban dedicados a mejorar la calidad de sus vidas diarias, en pequeñas cosas: perdón mutuo, entendimiento mutuo, una pequeña ayuda, servicio a sus vecinos. Y es así que el Don de Fortaleza se manifestó en su vida. Al mismo tiempo, llegó el momento de su martirio y entonces fácilmente se trasladaron al testimonio mayor del martirio. Pero pensaban que el martirio no debía ser deseado, puesto que no deseaban colocar a nadie en la situación de ser castigados. En otras palabras, estaban más preocupados por los opresores y, en sus escritos, oímos que debemos rezar por los opresores aún más que por los oprimidos y por los que matan más que por los que son matados, porque aquellos verdaderamente tienen problemas.

Los oprimidos y las víctimas de la opresión van a estar bien cuidados, pero estas otras personas también son nuestros hermanos y hermanas. Ésta no es una actitud natural ante la persecución, por el contrario, es señal de un movimiento muy elevado de los Dones del Espíritu, que les permitía percibir, incluso a sus enemigos, como hermanos y perdonarlos anticipadamente si los mataban.

O sea, que este movimiento hacia la presencia de Dios en nuestra vida diaria debe comenzar con los detalles de la vida cotidiana y tratar de traerlos, poco a poco, a la presencia de Dios. De modo que cómo te levantas por las mañanas es importante, lo que haces inicialmente en la mañana es importante, lo último que haces antes de acostarte es importante. Lo que haces puede ser una cuestión de elección y de lo que funciona bien. A algunos les gusta leer unas pocas líneas de las Escrituras antes de retirarse a dormir, a otros, tan pronto como se levantan, comenzarán a hacer la Oración Centrante de inmediato. Pero una pequeña oración proveniente de nuestro corazón tan pronto como nos despertemos, algunas veces en la noche, para entregarnos a Dios como si estuviésemos en Oración Centrante.

Conozco algunos practicantes que, a veces, se despiertan en la noche y no pueden conciliar el sueño, así es que simplemente, acostados en esa posición, entran en la actitud que tienen durante la Oración Centrante, y hay veces que permanecen en esa actitud por una o dos horas. Ellos encuentran que eso les produce tanto descanso como si se hubiesen preocupado y tratado de volverse a dormir. No recomiendo esto, excepto como prueba, pero ser creativos para mantenernos en la presencia de Dios aumentará y mejorará grandemente nuestra actitud hacia Dios cuando vamos a la Oración Centrante en nuestro período formal, por decirlo así, de estar y descansar en la presencia de Dios.

Reverencia, piedad, que ve a las personas no como competidores, sino como hermanos, como gente en el camino, incluso si pertenecen a religiones o tradiciones diferentes. No se etiqueta, no se encajona a la gente. Una de las cosas que el Espíritu no tolera es un cajón. Él irrumpe de todos los cajones tan pronto como puede, y no le gusta vernos encajonados tampoco. Existe respeto por nuestra tradición, hay creatividad en tratar de traer esa tradición a dialogar con nuestra vida diaria y hacerla operar bajo la guía y la sabiduría del Espíritu. Hay el Don de Piedad, el Don de Fortaleza, que busca el bien difícil, incluso cuando exista un gran peligro, de modo que está libre de cuestiones de seguridad. Cada uno de los Dones nos libera de cualquiera que sea, en su origen, nuestro programa emocional para buscar la felicidad.

Cuando Dios está presente en nosotros todo el tiempo, no hay lugar para el temor, no hay nada de lo que necesitemos estar seguros. Dios es la única seguridad real, Dios es también el único amor verdadero, porque todos los otros amores, no importa lo grandes que sean, desaparecerán, cambiarán o morirán. Pero este amor, este amor incondicional, se desplazará más allá de la tumba y abrazará a todos a ambos lados cuando entremos en su plenitud.

El poder y control son llevados a su fin, tanto por el Don de Piedad, que no soporta estar enojado con las personas, como por la mansedumbre que acompaña a la Piedad. La mansedumbre no es una actitud de servilismo y vergüenza, sino la incapacidad o la libertad de ya no tener que invertir energía en la hostilidad o la ira. Como he dicho, no es que nosotros nos desprendamos de todas nuestras faltas, sino que el Espíritu, obrando en nosotros mediante los Dones, debilita su origen, mediante el conocimiento y el amor que se invirtieron en esos programas, de modo que, espontáneamente, soltamos más y más a medida que perseveramos en la oración, con la práctica de la oración moviéndose a los varios niveles y luego, en la vida diaria, trae esa consciencia de Dios más y más a los eventos cotidianos, por pequeños que sean.

Homilía

Esta temporada, como saben, se llama Pascua y tiene que ver con la Resurrección. De modo que cualquier evangelio particular que escuchemos o celebremos, cada uno presenta un aspecto diferente del misterio central de lo que significa, para Cristo y para nosotros, ser hija o hijo de la Resurrección.

Acabamos de oír lo que es, quizá, la afirmación mayor de todos los tiempos. El Padre y yo --dice Jesús--somos uno. Uno. No separación. Dos personas o relaciones eternas que son infinitamente distintas, están, al mismo tiempo, infinitamente unidas. Por eso llamamos al misterio de la Trinidad un misterio, porque esto totalmente derrumba cualquier posibilidad de nuestra razón humana de explicar, comprender o hacer algo con esta verdad, excepto decir "Amén." Y tan pronto como dices "Amén," es decir, das a este misterio de la Trinidad aceptación, te haces uno en la unidad de amor incondicional que circula por toda la Trinidad y que recibimos de forma particular de la totalidad de las tres Personas. Pero en nuestro entendimiento y por la Revelación atribuimos esa Presencia al Espíritu Santo, que es la Persona del Amor. ¿Pueden imaginarse a una persona que sea simplemente amor? Ciertamente eso trasciende todas las ideas que tenemos del amor.

La Resurrección y la comunicación de la vida divina, tan características de esta sagrada estación que celebramos en la liturgia, es una realidad muy importante a la que debemos prestar atención. Como saben --y si no lo saben, en nuestra presentación de la Terapia Divina pensamos en el Espíritu Santo como quien nos guía, paso a paso, en nuestro descenso por una escalera de caracol en el que nos hacemos conscientes, por medio del auto-conocimiento, de nuestra debilidad, fallas, el lado oscuro de nuestra personalidad, el daño emocional que se nos hizo en el comienzo de nuestra vida. Y mientras más profundo vayamos en este viaje, parecería, como sugerí esta mañana, más profundamente somos capaces de reconocer nuestra propia nada.

Ahora bien, "nada" aquí significa la no identificación con nuestros sentimientos, las emociones que solían orientarnos hacia ciertas formas particulares de satisfacción: símbolos de poder, control, seguridad, y afecto o estima. A medida que descendemos por la escalera, cada vez que nos trasladamos a un nuevo lugar o planicie, o somos capaces de reconocer un nuevo nivel de nuestra propia nada y dependencia de Dios, nuestra libertad de no ser quienes creemos ser, de no tener un papel específico que nos identifique, sino de gradualmente convertirnos en ninguna cosa----no rol, no emoción, no proyecto, simplemente la libertad de ser quienes somos-- Cada vez que te mueves a un nuevo nivel por debajo, automáticamente te mueves a un nivel en la otra dirección, en que la escalera de caracol asciende hacia la transformación, la alegría y la resurrección interior.

En otras palabras, la resurrección externa de Cristo y todo lo que eso significa, comprende también nuestra ascensión interior, despertar, abrirnos a la

posibilidad de una relación cada vez más profunda de conocimiento y amor a Dios y, por lo tanto, de amor por todo lo que Dios ha hecho y en donde mora. Desde esa perspectiva, toda la creación es nuestro hogar y, de nuevo, son los Dones contemplativos del Espíritu Santo--Entendimiento y Ciencia-- los que nos introducen a una dimensión del yo totalmente nueva, de quiénes somos. Entonces, a medida que dejamos ir quiénes creemos ser y nos convertimos, con la ayuda de Dios, en quiénes realmente somos --cosa algo humillante o vergonzante al principio--pero, no obstante, acompañada del lado opuesto del espectro, en el que nuestra dependencia de Dios, nuestro amor por Dios, experimenta un crecimiento que corresponde al grado en que podamos aceptar el nivel correspondiente de la verdad acerca de nuestra total dependencia de Dios para gracia, para todo.

De modo que es precisamente en descender en nuestra propia estima -- ciertamente no una devaluación de nosotros mismos--eso es una neurosis--sino en la verdad de nuestra dependencia de Dios, inmediatamente los Frutos del Espíritu comienzan a manifestarse en caridad, alegría, paz, mansedumbre, y ésta es la señal de que Cristo ha resucitado en nosotros. Y si continúas descendiendo y continúas--no puedes evitarlo--ascendiendo hacia la unión divina... en otras palabras, a medida que descienes en humildad, asciendes en transformación. Las dos son correlativas.

La próxima etapa de experimentar resurrección en algunas de las cosas de las que hablaba esta mañana, cuando los Dones del Espíritu, que son actos más profundos del Espíritu en nuestro interior, actos más profundos de virtud, entonces las Bienaventuranzas comienzan a aparecer en nuestra vida. Feliz, ¡oh qué feliz serás si eres pobre de Espíritu! Es decir, si puedes aceptar tu propia nada. Tan pronto como lo haces, te conviertes en todo, porque el único obstáculo para compartir totalmente en la vida de Dios y en el amor y la verdad, son esas pequeñas ideas tontas que tenemos acerca de quiénes somos y que no podemos soltar.

La oración contemplativa, el Don de Ciencia, y la vida diaria nos invitan a ser quiénes somos realmente, en vez de quienes pensamos ser o, peor, quiénes pretendemos ser. "Hipocresía" es un término griego para designar a un actor en la época de Jesús. De modo que si eres un buen actor, eres un hipócrita; es decir, puedes pretender ser quien no eres. Ése es el escenario para actuar. Por supuesto, en la vida, ésta es una forma agradable de entretenimiento, pero si tomas en serio tu actuación, quien tú crees ser, entonces estás en problemas. Eres lo que Jesús llamó un hipócrita, es decir, pretendes ser o crees ser algo que no eres, y de todas esas cosas que queremos ser, esos papeles, esos programas emocionales, vienen los Dones del Espíritu, los Frutos del Espíritu que nos permiten manifestar los Frutos, que son realmente nueve aspectos de la mente de Cristo y las

Bienaventuranzas, que son nueve, o mejor siete u ocho aspectos del corazón de Cristo. Y el corazón de Cristo, como saben es manso y humilde y, al abrírnos a esa disposición, encontramos descanso para nuestra alma, el fruto de la contemplación en la oración y el fruto que se nos invita a llevar a la vida diaria y a experimentar la sorprendente resolución de opuestos, en los que puedes estar muy activo al servicio de todos, muy activo, intensamente activo, y, al mismo tiempo, descansando profundamente en el centro más profundo, porque ahora tienes la energía para estar a la disposición de Dios, y las pequeñas cosas que solían consumir tu energía, tratar de mantener esta identidad, de aferrarte a este papel o lo que fuera-- estás liberado de eso.

Por lo tanto, la resurrección es la liberación del falso yo, la libertad de ser quién eres realmente, y la alegría... la alegría... de ser nada, que es, al mismo tiempo, la increíble alegría de ser cualquier cosa, o todo. El Padre es la nada, el vacío de posibilidad infinita. No es vacío solamente, sino que la total posibilidad del Padre se expresa en el Hijo como la plenitud de todo lo que ha sido creado hasta ahora y de toda posible clase de creación aún por venir. Y el Espíritu une la posibilidad infinita y la realidad infinita en amor incondicional. Al final de cuentas, pues, cuando las ideas sobre nosotros mismos hayan desaparecido en cierta medida y nuestros papeles se hayan esfumado y hayamos pasado por varios ancianatos, centros de rehabilitación y hayamos llegado finalmente a donde simplemente podamos aceptar a Dios como Dios es y disfrutar todo lo que sucede, y tengamos un entendimiento interior profundo del misterio del sufrimiento, de modo que ni eso puede, de forma alguna, disminuir nuestra percepción de la bondad de Dios, éstas son las disposiciones que crecerán con la Oración Centrante a medida que ésta se convierte en contemplativa y los Dones se manifiesten en nosotros.

Es un privilegio enorme, enorme, ser un ser humano con esta capacidad, ser específicamente llamados por Dios, a través de la revelación cristiana, e invitados y beneficiarios de todo lo que necesitamos para proseguir por medio del bautismo y la confirmación. Quizás, cuando te sientes en Oración Centrante, simplemente recuerda lo que estás pidiendo, y manifestando mientras lo pides: el regalo máximo, el Espíritu Santo, que nos permitirá ser quiénes realmente somos, y que, en fin de cuentas, es --sugiero-- amor incondicional. Cualquier cosa que hagas que no sea consistente con eso, no es realmente tú.